

---

---

XXIX

DON HERMENEGILDO GALEANA.

---

CUANDO el genio militar de la Independencia mexicana; cuando el más ilustre de los guerreros nacionales recibió la infausta noticia de la muerte de Don Hermenegildo Galeana, es fama que exclamó: *Ya no soy nada; acabáronse mis brazos*, y la tristeza se apoderó de él, acompañándole hasta el sepulcro. Esa exclamación del gran Morelos, encierra el panegírico mayor y más elocuente que pudiera hacerse del inmortal caudillo suriano, y de esa exclamación queremos servirnos para abrir los apuntamientos biográficos destinados á recordar la breve, pero no por eso menos gloriosa carrera del esforzado campeón de nuestra libertad.

Vió la luz primera D. Hermenegildo Galeana en la ciudad de Tecpan, el año de 1762, procediendo, al decir de uno de sus biógrafos, de familia inglesa, circunstancia que no hemos logrado comprobar, á pesar de haberlo intentado.

Asegúrase que siendo niño aún fué mal mirado por

los españoles D. Toribio de la Fuente y D. Francisco Palacios, y que de allí nació su odio á la dominación ibérica y su ardiente anhelo de que México se alzase en armas para conquistar su libertad é independencia; noble aspiración que germinaba en la mayoría de los habitantes de aquella comarca.

Muy escasas noticias hay respecto á la existencia de Galeana hasta el 7 de Noviembre de 1810 en que se le ve alistarse en las filas de Morelos. Sábese únicamente que durante varios años administró la Hacienda ó finca de campo llamada San José del Zanjón, que fué el lugar en donde, en unión de sus hermanos D. Juan y D. Fermín, uniéronse á Morelos á la cabeza de 700 hombres, y llevando un pequeño cañón á que dieron el nombre del *Niño*, que tan útiles servicios prestó.

Una vez recibido este auxilio, avanzó sobre Acapulco Morelos, y en las operaciones que emprendió para tomar aquel puerto comenzó á distinguirse Galeana, á quien debe llamarse el primero de los tenientes de aquel gran capitán. Al retirarse éste á Chilpancingo obtuvo D. Hermenegildo una señalada victoria sobre el realista Garrote en la Hacienda de Chichihualco, y sin dar descanso á sus tropas se puso en marcha para perseguir al enemigo, del cual volvió á triunfar pocos días después, con el auxilio de Morelos, en Tixtla.

Tal fué el glorioso principio de sus campañas.

El 15 de Agosto de 1811 resistió en el mismo Tixtla á las fuerzas españolas que al mando de Fuentes avanzaron sobre la plaza y que, por su número, habrían vencido si al día siguiente no las hubiera atacado por la retaguardia el infatigable Morelos.

Sin largos intervalos sucediéronse las victorias de Galeana en aquel período: Tepecoacuilco, Taxco, Teacualoya y Tenancingo y otros lugares, fueron teatro de sus glorias antes de marchar á Cuautla, la Numancia mexicana como alguien la ha llamado.

Allí, en donde se desarrollaron los más heroicos hechos, durante aquel sitio que es toda una grande epopeya y que con razón ocupa en nuestra historia páginas tan brillantes, Galeana conquistó, como su ilustre jefe Morelos, la inmortalidad.

Y como quiera que es imposible poder reducir al limitado espacio de que disponemos la narración de la defensa de Cuautla con los innumerables combates en ella librados, nos es forzoso prescindir de la relación de cada una de las hazañas del denodado suriano; pero no dejaremos de referir las dos llevadas á cabo por él en los días 18 y 19 de Febrero de 1812: la de salvar la vida de Morelos y la del duelo con el capitán español Sagarra.

Morelos, al lanzarse sobre el sitiador Calleja que quería reconocer las fortificaciones de Cuautla, fué envuelto por emboscadas españolas; sus más adictos soldados cayeron muertos á sus pies, y otros llevaron la funesta nueva á la población. Oyela Galeana, y sin vacilar un solo instante monta á caballo, pónese á la cabeza de unos cuantos ginetes y vuela en socorro del intrépido caudillo, sálvale y regresa victorioso á la plaza.

Al día siguiente ofrece á sus compañeros de armas un espectáculo grandioso y sublime. Defendía el peli-

grosso punto de San Diego, cuando tres avanzadas españolas cércanle por Norte, Este y Oeste. Empréndese la lid y Galeana opone una resistencia heroica; sepárase Sagarra de los suyos; Galeana lo ve, salta el parapeto y va á desafiarse; acepta el capitán y queda muerto en el sitio; quítale el vencedor las armas, y asiéndole con poderoso esfuerzo introduce el cadáver al recinto fortificado. "Este duelo—dice un historiador—que recuerda las costumbres caballerescas de la Edad Media, se verificó á la vista de ambos ejércitos en lo más reñido de la pelea. Los españoles quedaron atónitos, y la energía de los sitiados se duplicó."

El día 2 de Mayo, con asombro de los realistas rompió Morelos el sitio, siempre acompañado de Galeana, y continuó la serie de batallas de Tehuacán, Orizaba, Oaxaca y Acapulco, en que las huestes de la santa causa recogieron laureles inmarcesibles. Seguir las en su marcha gloriosa equivaldría á trazar la historia de todo un período, y período fecundísimo en grandes sucesos, de la guerra de independencia; tarea que, lo repetimos, no nos compete por no ser propia de este lugar y por haber sido desempeñada de una manera brillante por muchos y muy entendidos escritores, entre los cuales sobresale—ocasión es de decirlo—el Sr. D. Julio Zárate. Pasemos, pues, por alto los pormenores de la lucha, para volver á encontrar á Galeana cuando por las inescrutables leyes del destino trocose en la palma del martirio el laurel que ciñó durante cuatro años la frente del hijo de Tecpan.

Después de los desastres de Valladolid, Puruarán y

el Veladero, Galeana reunió algunas tropas y dirigióse con ellas sobre Coyuca de Benítez, defendido á la sazón por Avilés. Éste destacó sucesivamente tres columnas superiores en número, y con mucho, á las fuerzas que Galeana comandaba. Galeana intrépido, ardido hasta la temeridad, rechazó el embate de aquellas columnas; pero á pesar de todo sus huestes se desbandaron y fueron puestas en completa derrota. Intentaba reunir á los fugitivos cuando vió que un capitán realista procuraba darle alcance con sus dragones; emprendió un movimiento veloz á su cabalgadura, y al pasar por debajo de un árbol, su frente pegó con una de las ramas, cayó á tierra, pero logró levantarse y empuñó la espada para defenderse. Uno de los soldados de Avilés le atravesó el corazón con una bala, cortó la cabeza del héroe, la puso en la punta de su lanza y la exhibió así en Coyuca, creyendo que serviría de irrisión, mas no logrando despertar otro sentimiento que el de la admiración al mártir de la libertad. Así terminó su corta pero fúlgida carrera D. Hermenegildo Galeana, el día 27 de Junio de 1814.

Dicho queda al principio cuán dolorosa impresión causó á Morelos la muerte de Galeana, á quien amaba entrañablemente y de quien tenía el más elevado concepto, como lo comprueba el siguiente pasaje que tomamos de la comunicación en que participó, con fecha 12 de Septiembre de 1812, los nombramientos de Mariscales en las personas de Matamoros y Galeana que fungían entonces como Brigadieres. "Hace pocos días que le había nombrado (á Matamoros) Brigadier de la

segunda brigada que en Izúcar está acabando de organizar y completar; pero su mérito y aptitud exige este último grado (el de Mariscal), en las presentes circunstancias, pues aunque el Brigadier de la primera brigada D. Hermenegildo Galeana ha trabajado más y es de más valor, pero inculpablemente no sabe escribir, y por consiguiente le falta aquella aptitud literaria que recompensa en el otro el menos trabajo personal. Sin embargo, el expresado Galeana por su valor, trabajo y bellas circunstancias es acreedor al grado de Mariscal, y por lo mismo se lo he conferido en recompensa de sus fatigas, y para componer el juicio de los hombres y prohibir una dispersión ó desavenencia en un caso fortuito."

Y pues se trata de enaltecer al mártir de Coyuca, no será impertinente decir que, como los Bravos y como los Rayones, formó parte de una familia de héroes.

Terminaremos copiando aquí lo que Don Carlos María Bustamante, patriota ilustre é historiador de quien tratamos ya en su lugar, dice en su *Cuadro Histórico* al referir la muerte de Galeana.

"Fué casado seis meses, y cuando murió tenía cincuenta y dos años de edad. Nació con las disposiciones mejores para la guerra y que jamás habría mostrado si no hubiera ocurrido la revolución. Este hombre en quien la valentía era una segunda naturaleza; que jamás atacó al enemigo á retaguardia, y que era terrible en una acción de guerra, era, por el contrario, un cordero en los momentos de la paz y fuera de la acción. Jamás hizo fusilar á ninguno, aunque tuviera

orden de hacerlo. Calculaba mucho, principalmente en el calor de la batalla; entonces le ocurrían medidas imposibles al parecer, pero certeras é indefectibles. Si hubiera esperado los auxilios del campo de Atijo, á vuelta de tres meses lanza del Sur al general Armijo y reconquista todo lo perdido. Tenía sobre los negros un ascendiente poderoso: llamábanle *Tata Gildo*, y lo que él decía se cumplía irrevocablemente y sin repugnancia; á su nombre siempre acompañó como correlativa la idea de un hombre de bien, y aun el mismo Calleja siempre lo tuvo en ese concepto. Amó al Sr. Morelos hasta la idolatría, y le respetó tanto que jamás le habló sin el mayor comedimiento."